

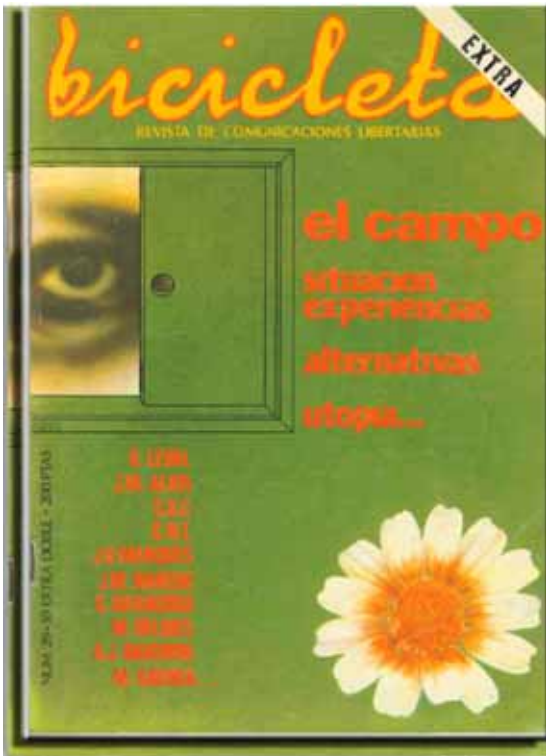
RETRATO DE UN COLONIZADO

(donde se habla de la decadencia y muerte del saber campesino)

Artemio Baigorri

(Publicado en BICICLETA, nº 29, 1980, pp. 52-55)

Al 'pesca', campesino extremeño que nunca leerá este artículo, y maldita la falta que le hace



Hasta hace sólo veinte años, y en algunas zonas hasta hace incluso menos tiempo, un campesino, ayudado por su familia, o a «tornapeón» con los amigos, era capaz de construirse su propia casa, desde los cimientos hasta el tejado. Y aún le quedaba tiempo para construirse refugios en las parcelas de secano más alejadas de la población, aprovechando así las propias piedras que durante años había estado quitando de la parcela; en esos refugios pasaba junto a las caballerías varios días, mientras duraba la época de las labores del secano.

En las huertas, donde a veces tenían que pasar toda la noche regando, cuidando el agua, construían pequeñas casetas de quince o veinte metros cuadrados con un hogar para las noches traidoras de la primavera. Con cuatro tablas sabían hacer una mesa, una puerta, una ventana. Sólo los muebles se compraban fuera, para la boda, y tenían que durar toda la vida; ellos mismos hacían primorosamente las reparaciones necesarias. En el corral, junto a la casa, los detritus de la familia, y los del ganado y los animales de carne, se sumaban y almacenaban hasta la época de la siembra, en que eran esparcidos por los campos, devueltos como abono a la tierra de la que un día salieron en forma de alimentos.

La escuela de la vida era la vida misma. Después de aprender las primeras letras, los hijos de los campesinos iban, en plena pubertad, ya al campo. De un lado estaba la necesidad económica de una familia en la que menos el padre (y en muchos casos el abuelo) todos son peones. Pero de otra parte estaba la necesidad de que el futuro campesino aprendiera del campo trabajándolo, viviéndolo. Y aprendiera la vida, la puede que reducida vida que espacialmente le esperaba, viviéndola, oyéndola vivir a los mayores, sentado en el ribazo, en el almuerzo. Y al alcanzar la madurez, el tiempo de tomar su propia esposa, su propia vida, aunque siguiera estrechamente relacionado con la familia, a veces en una completa comunión económica, era capaz de plantear por sí mismo el llevar sus propios campos, y lo que le quedara por saber lo aprendería de sí mismo, de sus propios errores, o hablando, con los viejos en el bar o en los carasoles del invierno.

Mientras la ciudad estaba lejos

Hasta ahora hemos hablado de aspectos casi puramente económicos, porque es la economía la que condiciona toda cultura, y así la cultura campesina. Una cultura hecha de magia y de sueños. Construida con las estaciones solares. con las heladas o las lluvias, con el granizo. con la siembra, con la cosecha. Los dos aspectos de la cultura, la técnica y el espíritu, estaban representados en la sociedad campesina: de un lado el saber técnico que, transmitido -y mejorado- de generación en generación, permitiría la producción de riqueza, de bienes. El saber cultivar y cuidar la tierra. el saber construir sus viviendas, sus ropas. sus utensilios de trabajo. Y del otro lado la relación con las fuerzas exteriores, con las fuerzas desconocidas, temidas y adoradas que podían hacer que un año fuese rico y el siguiente de hambre: esa relación ha



generado toda la cultura espiritual campesina. Sus diversiones, celebración casi siempre de una buena cosecha, o descanso en plenas labores, sus ritos y rogativas al más allá. que un buen día serían atrapadas y manipuladas por el cristianismo convertidas en ceremonial soso, timorato y atemorizador de los campesinos.

Todo esto fue así mientras la ciudad estuvo lejos. Mientras con ella -con los ciudadanos, con los urbanitas, en fin con los burgueses- no hubo otra relación que el intercambio de igual a igual: los instrumentos de los artesanos por alimentos de los campesinos. Y a su vez fue así también mientras la propia ciudad estuvo lejos, en el tiempo, de la ciudad burguesa.

Mas los comerciantes y artesanos ricos prosperaron, acumularon, se hicieron con las ciudades, inventaron frutos de la acumulación... Y de ahí vino todo. Pronto la ciudad fue controlada, absorbida por el beneficio. Y el beneficio, como los animales-masa de Moebius, se extendió por los cuatro rincones, arropado con el aparato ideológico del protestantismo y los elementos que de aquella moral adquirió la Iglesia romana. Y la agricultura, de ser un modo de vida, casi un instinto social conformado por la comunión con la tierra y la solidaridad frente a los elementos, pasó a ser considerada como un modo de producción, en fin, como un negocio cualquiera.

Producir y rentabilizar

Con la penetración del capitalismo en la agricultura no sólo se introducen los cambios consecuentes en la estructura económica o en los usos culturales, sino también, y fundamentalmente, los cambios tecnológicos.

El abonado de las tierras no es, efectivamente, nada nuevo. En las economías agrarias precapitalistas la tierra se abonaba con desechos orgánicos procedentes del ganado y la propia población humana, con lo que los rendimientos de los distintos productos crecían en función de las crecientes necesidades alimenticias. Pero al entrar en el mercado, el agricultor, para poder atender a las compras, se ve obligado a forzar, artificialmente, ese crecimiento de la producción. Surge el concepto de «productividad». El propio capital monopolista le brinda la posibilidad de hacerlo mediante los abonos inorgánicos, aparentemente más productivos que los orgánicos (curiosamente, los mismos monopolios que controlan la producción y distribución de abonos controlan asimismo la producción y distribución y el tratamiento genético de las semillas, así como la producción de cuantos productos químicos se hacen así necesarios). En ese desmedido afán de productividades y rentabilidades, los agricultores tardarán en darse cuenta de que la utilización sistemática de abonos inorgánicos va haciendo al suelo cada vez más deficitario en otras materias muy necesarias. Tal proceso es aumentado y acelerado con la producción de semillas, y su tratamiento genético, encaminado a conseguir una mayor productividad por unidad de tierra. Sin embargo, puede comprobarse cómo los modernos maíces híbridos, por ejemplo, precisan seis veces más energía que los de hace 20 años; es decir, una cantidad de abonos complejos seis veces mayor.

En este mismo sentido debe «leerse» la introducción de maquinaria en el campo (por otro lado objetivamente imprescindible). Con ella disminuye la demanda de mano de obra, que es atraída para su proletarización y urbanización por los espacios industriales. Esta disminución de la demanda conlleva, una vez abiertos de forma masiva los circuitos de emigración, una disminución en la propia oferta de trabajo.

Un campo como una fábrica

A pesar de la mecanización persisten sin embargo una serie de labores, sobre todo en las zonas que mantienen los cultivos intensivos, para los que sólo el trabajo humano sigue siendo válido. Por otra parte, aumentan las enfermedades y plagas, como consecuencia de los continuos desequilibrios ecológicos que se provocan. Los grandes monopolios ofrecen entonces herbicidas, fungicidas, plaguicidas, etc. Teóricamente, todo este proceso debe conducir a la plena integración de la economía agrícola dentro de la economía capitalista.

En el centro de esa modernización está el concepto de explotación mínima viable, tan del gusto de los economistas de la izquierda clásica y que va parejo a los de máxima productividad y rentabilidad. Todos esos conceptos, eminentemente burgueses, surgen con el desarrollo del capitalismo urbano y su agresión a los espacios agrarios. Esta agresión implica la colonización de estos espacios, que anteriormente habían permaneciendo un poco al margen del desarrollo capitalista (el campesino no es reaccionario respecto a la izquierda, sino respecto al propio pensamiento genuinamente burgués). Esta colonización sigue dos procesos diacrónicos. La primera fase se lleva a cabo mediante la mercantilización de su economía: es presentado como un avance por los economistas burgueses el que los campesinos entrasen en el mercado para su abastecimiento y para dar salida a sus producciones. En segundo lugar, como ha apuntado Mario Gaviria, se reduce el contenido de sus actividades: se vuelve el campesino cada vez más incapaz de resolver sus cultivos por medios propios, con independencia del mercado y de los intermediarios que van surgiendo.

A través de estos dos mecanismos el capitalismo se entromete en los espacios agrarios, explotando a los campesinos mediante el intercambio desigual. Se extrae de los agricultores no sólo su trabajo excedente sino también parte de su trabajo necesario (para los profanos, esa es la explicación del descenso de tasa de inflación lograda por el nefasto Abril Martorell en 1979), con lo que estos deben volcarse a conseguir una mayor productividad. La productividad prima hoy en la agricultura, junto con la rentabilidad, sobre cualquier otro concepto.

La TV, la moda, el consumo

Los espacios rurales, colonizados pues por los espacios urbano-capitalistas, han terminado estructurados en función de las necesidades de los centros, de las metrópolis. Y como en toda relación imperialista, la explotación se centra en tres frentes: el simple expolio de los recursos, la extracción del excedente de trabajo de unos agricultores y la proletarianización de otros, a los que previamente o bien trasladan al espacio urbano industrial, o bien transforman en proletariado industrial dentro del mismo espacio agrario, con fábricas instaladas allí donde hay suficientes recursos y suficiente fuerza de trabajo excedentaria.

Al fin, las previsiones y deseos de los redentores y Mesías del campesinado, de Jovellanos a Kaustky, de Costa a José Antonio, se han cumplido. No tuvieron otra obsesión que conseguir que los campesinos vivieran como los obreros de las ciudades, y a fe que lo han conseguido, y en algunos lugares se han pasado. Sobre todos ellos planeaba la nebulosa idea de que el fin más alto a que podía aspirar el campo era a parecerse a una inmensa fábrica, como las que funcionan en las ciudades.

Y así el campo, o mejor los espacios rurales, no se han modernizado, sino que han sido modernizados por fuerzas extrañas. Han sido colonizados por una determinada forma de modernidad, la urbano-capitalista.

Y un reflejo de las nuevas formas que la producción ha adquirido ha de ser la cultura, en su más amplio sentido. El agricultor se ha especializado en la producción de alimentos y ya no sabe hacer nada más. Incluso para producirlos depende del exterior. Fuera debe de comprar todos los utensilios, desde la tajadera de hierro hasta el tractor, y la energía para hacerlos funcionar, porque ni la energía metabólica ni los propios alimentos naturales sirven ya. Ni siquiera sabe repararlos cuando se le estropean. Para eso están los talleres.

Y frente a esa casa de adobe que el propio campesino se hacía en los ratos libres, ahora encarga a un constructor profesional que le haga una, o incluso en muchos casos la compra hecha en serie, en un bloque típicamente urbano. Si antes una casa le costaba el tiempo libre de dos o tres inviernos, ahora un agricultor, pongamos por caso con 30 Has. de secano, necesita para comprarse la casa haber acumulado el equivalente a los beneficios que la explotación pueda darle durante 10 años, o bien endeudarse por otros tantos. Además, la casa necesitará mayores gastos de mantenimiento, sobre todo de calefacción, y durará mucho menos tiempo. Ni siquiera van a saber luego hacer las reparaciones o mejoras necesarias, y para ello tendrán que pagar a un albañil, un fontanero, un vendedor de calefacciones, un electricista, un carpintero, un... Los inviernos sigue sin nada que hacer; pero si no tiene que dedicarlos a irse de peón de albañil para sacar unas perras de más, los pasará leyendo el periódico y viendo la televisión.

Frente al corral y el huerto, la tienda, y aún en muchos casos el supermercado. Ya sólo los viejos y algún sentimental saben, pueden, tienen tiempo o quieren cuidar un huerto (los hortelanos de los alrededores de las grandes ciudades no son una excepción, porque sus huertos no son tales, sino fábricas de alimentos en fresco). Y pocos tienen ya animales en el corral. Las modernas mujeres de los agricultores (a las que en gran parte de los casos suena a cursi seguir llamándolas «campesinas», y que es a través de quienes principalmente han penetrado en el campo las más desastrosas modernizaciones en los modos de vida) no quieren tener olores en sus casas, y expulsan a los animales domésticos de sus corrales, que pasarán a ser ocupados exclusivamente por las grandes cantidades de maquinaria que hoy se precisan, por los tractores y los coches. Los animales de carne han emigrado a las gigantescas granjas industriales desde donde luego serán reenviados, embalados y sin sustancia, a los comercios de los pueblos.

En gran número de casos, en el campo se están comiendo hoy los peores alimentos, porque los comerciantes de los pueblos, que cada día van a la gran ciudad a comprar al mercado, compran lo más barato, lo peor, el «rebús». Y esos alimentos son pagados luego en los pueblos, por los agricultores, al mismo precio que pueda pagarlo un habitante de Puerta de Hierro.

Nadie sabe hacer chorizos

Y el supermercado frente a las conservas, salazones y embutidos que en cada casa campesina se hacían. Aunque de nuevo, lentamente y sólo en ciertos lugares (y desgraciadamente de nuevo por efecto de la influencia urbana, no de motu propio) se están reaprendiendo esos conocimientos, en los últimos 20 años en la mayoría de las casas campesinas se han olvidado de cómo salar un jamón, de cómo hacer morcillas, chorizos o salchichones, o

poner lomo en adobo. La propia matanza, en aquellos pocos lugares que se conserva, y salvo aún menos numerosas excepciones, no es sino un acto fabril y aséptico, en el que la leña que calentaba y hacía hervir el caldero ha sido reemplazada por un horrible quemador de butano.

Y se han olvidado de cómo hacer conservas. Compran las que venden en la tienda, fabricadas por la industria conservera del pueblo de al lado, o del propio pueblo. Los frutales, cuando no es en explotación especializada, han sido arrancados de los ribazos para que no molesten a las cosechadoras y la fruta comprada fuera. La pequeña viña en el monte no existe. Se ha pasado de hacer el propio vino a comprar el mismo horrible vino embotellado que se puede beber en el más barato de los bares de la ciudad. Es más: salvo en las zonas especializadas en la *fabricación* de uva, si en un sitio será difícil beber buen vino será en el campo.

Y frente a la vida, el consumo. El uso de las distintas hierbas y plantas medicinales, cuyas cualidades eran transmitidas de padres a hijos, para las diversas dolencias; la fabricación casera de tisanas, cataplasmas o emplastos, han dejado paso al consumo de la medicina. Ancianos aburridos, parados, solteronas presurosas y casadas coquetas hacen cola diariamente, fascinadas por el aparato de rayos X, la barba, apostura y educación del joven médico en el consultorio, donde si están enfermos quizás los curen o quizás los maten, y si están sanos seguramente los enfermarán.

El calor del hogar, que calentaba la cocina, que es donde se vive en la casa campesina, ha dejado paso a la calefacción central, que calienta habitaciones jamás habitadas, y que frente a la leña, acumulada a lo largo de todo el año, utiliza gasoil, aumentando la dependencia exterior del agricultor. Y el hogar como centro de la casa ha sido sustituido por el televisor. En torno al hogar se hacía la historia de los pueblos y se hacía la planificación económica de la hacienda. Padres e hijos (a pesar de la división y el respeto impuesto entre ambos por la iglesia, transformando el respeto al mayor en miedo al Padre) charlaban largamente sobre la marcha de los tiempos, de las estaciones, sobre el qué hacer mañana y el cómo ha ido hoy. Y se hablaba también del mira lo que dicen. Y si puede que no sirviera demasiado para conocerse entre sí, por el carácter cerrado del campesino hacia el más próximo, servía esa larga charla para conocer mejor al resto del pueblo; para que los pequeños fuesen, poco a poco, sabiendo quién era quién, quién podría ayudarles y quién no. Y con la noche entrada, la cama era abrazada con amor.

La televisión ha apagado las conversaciones, los planes, las críticas («calla, que está el parte»), generando incluso hábitos negativos para la salud campesina. Si ayer la comida era silenciosa, permitiendo así masticar, salivar y tragar adecuadamente los alimentos, dejando la cháchara para luego, al sentarse en el hogar, hoy hay que comer corriendo, por la tarde «porque a las tres abren el taller y quiero estar el primero con el tractor», por la noche porque empieza Poldark. Y hay que aprovechar la comida para hablar, con lo que los alimentos son tragados en malas condiciones de masticación y salivación, generando diversos problemas. Y la cama sólo viene después del último telediario, mientras que la hora a la que es preciso levantarse por la mañana -hacia las 4 en verano y hacia las 6 el resto del año, salvo cuando nieva o llueve- no se retrasa. La consecuencia obligada es una generalizada falta de horas de sueño, y como consecuencia un aumento también generalizado del mal humor, entre otras. ¡Ah!, la televisión, los periódicos..., víboras que lo han emponzoñado todo con el veneno consumista que ya ha devorado las ciudades.

De la calabaza más grande al tractor más grande. Un salto cualitativo, que ha ido de la emulación sana y tradicional en nuestros pueblos para lograr mejores producciones, productos más cuidados, grandes y hermosos, a la pura envidia consumista, llegada cómo no de las ciudades, donde todos los objetos de uso, desde el coche hasta la televisión, han pasado a ser símbolos del status. Como en la ciudad ocurre con el coche, en los campos ha comenzado a pasar con el tractor. En innumerables casos el campesino usa el tractor para poco más que ir a regar; el resto de las labores podría hacerlas perfectamente con un motocultor. Pero tiene que tener tractor, para no parecer un pobretón, aunque realmente lo sea. Y tiene que tenerlo además más grande que el de su vecino, si tiene capacidad de endeudamiento para ello. Un tractor antes duraba «toda la vida», al menos toda la vida del tractor, que sobrepasaba con creces los 10 y los 15 años. Ahora en 15 años un agricultor ha podido perfectamente cambiar de tractor en al menos tres ocasiones. Los fabricantes, que lo han captado y lo ha fomentado, han sabido acentuarlo. Tras el mejor tractor va la cabina mejor equipada (las hay con radiocassette estéreo, aire acondicionado y envoltura insonorizada), la cosechadora más grande, el motocultor más grande ... y de ahí se ha pasado imperceptiblemente al coche más grande, el televisor más caro ... la deuda mayor.

El campo es un mercado más para la industria o las industrias. Es lógico pues que también la industria cultural, la industria del ocio, haya llegado a las zonas rurales, como un bulldozer que lo arrasara todo..., excepto aquello que también puede ser industrializable, vendible al por mayor. Salvo en aquellos pueblos cuyas fiestas tradicionales son tan exóticas que atraen el turismo, o aquellos otros con celebraciones religiosas crueles que atraen el morbo urbano, en los cuales se han conservado tales tradiciones pero envasadas, artificiales, en el resto de los pueblos la mayor parte de los usos festivos propios ha desaparecido o está en trance de desaparecer. De las rondallas de jóvenes que existían en cada pueblo, que hacían y tocaban su propia música y que por una

merienda hacían bailar a todo el pueblo en fiestas, se ha pasado a la orquesta especializada, intérpretes de las canciones del momento - urbano-; a la sinfonola que exige cinco duros para hacer ruido reproduciendo discos.

No es cosa ya de los estudiantes, que son precisamente los que, un poco por snobismo y un poco por nostalgia comienzan a recuperar ciertas tradiciones. Son los propios jóvenes que siguen viviendo en el pueblo los que no saben las canciones locales, las jotas, lo que sea... En un pueblo de regadío de una comarca dinámica (como pueda ser la Ribera del Ebro, Lérida, la huerta valenciana...) un joven necesita hoy como mínimo, para «divertirse» mínimamente en las fiestas, para no quedar mal frente a los amigos, en torno a las 10 ó 15.000 pesetas para la semana que duran las fiestas. Además habrá pagado 1.000 ó 2.000 pesetas de abono en el casino, y se habrá gastado 10.000 pesetas más en ropa nueva, moderna, como la de la ciudad. La fiesta, en las zonas rurales desarrolladas, no es fiesta sino consumo.

La cultura rural no existe pues ya. O al menos no es reconocible en las zonas rurales de mayor concentración demográfica. Quedan manchas, cierto, en amplias zonas de Extremadura, Castilla la Pobre, en muchos pueblos de Andalucía y Galicia, siempre los más marginales, los más despoblados. Pero las áreas rurales ricas, dinámicas y densamente pobladas son ya apéndices de la ciudad. Para terminarlas de urbanizar, ahora se les hacen delimitaciones de casco, Normas Subsidiarias. de Planeamiento y Planes Generales. Y luego les llevan chalets.



Y si la cultura rural no existe, ¿para qué una educación que prepare a los hijos del campo para enfrentarse a él? A pesar de que la mayor parte de los maestros del Estado son de pueblo, a sus alumnos les dan una educación para la ciudad, totalmente de acuerdo con la que dicta el Sistema. Hoy día un hijo de agricultor puede perfectamente llegar a la Universidad. Pero, en la mayoría de los casos, lo habrá hecho para huir, y su mala conciencia le acabará llevando a odiar el campo y a contribuir a su expolio. A los hijos de los agricultores se les prepara en las escuelas, en los institutos, en las universidades, para ser obreros, torneros, administrativos, funcionarios, ingenieros nefastos, arquitectos, médicos... pero nunca para ser agricultores.

Y aún es peor en las escuelas de formación profesional. Tanto en las estatales, como en las del Opus (las de las Cajas de Ahorros), como incluso en los populistas y democráticos Colegios Familiares Rurales (creados por el movimiento cristiano progresista, Cristianos para el Socialismo y otros grupos afines), cuando se les prepara para ser agricultores no se les enseña a autoabastecerse, a depender en lo mínimo del exterior, sino que se les habla de la agricultura y la ganadería moderna; se les introduce de lleno en el mundo de la agroindustria, de los pollos de agua y las lechugas de plástico.

Cuando no se les enseña a huir del campo (ahora está de moda en los diversos organismos recomendarles que se queden, por la simple razón de que en las ciudades no saben qué hacer con tanto parado) se les enseña a ser agricultores «modernos», se les lleva de la mano, con becas y créditos para jóvenes agricultores, a la tela de araña del consumo en el que quedarán atrapados de por vida.